



El fin de algunas ilusiones. Subjetividad y democracia en tiempos de regresión autoritaria

The end of some illusions. Democracy and subjectivity in times of authoritarian regression

 **Gustavo Robles**

Fundación Rosa Luxemburgo – Alemania
La Plata, Argentina
gmroble@fahce.unlp.edu.ar

RESUMEN

Este trabajo propone un análisis de la actual crisis de las democracias y el giro autoritario a partir de una reflexión sobre las formas de subjetivación. En un primero momento describe lo que consideramos cierto ideal de transparencia, tanto en el modo institucionalista de pensar la democracia como en la utopía neoliberal, y su descuido de la dimensión de las subjetividades política. En un segundo momento se detiene en los estudios sobre la personalidad autoritaria de la primera generación de la Escuela de Frankfurt, para mostrar que los fenómenos de autoritarismo social son “síntomas” que no pueden ser reducidos a su ubicación económica ni explicados solamente por un análisis de las relaciones de fuerzas políticas, sino que deben ser también indagados en la intersección entre ideología y subjetividad. Finalmente, ofrece algunas reflexiones sobre los procesos contemporáneos de subjetivación mediante los cuales se produce la aceptación y la justificación de las condiciones sociales y su rol en las formas sociales de autoritarismo.

Palabras clave: autoritarismo; subjetividad; democracia; neoliberalismo; liberalismo

ABSTRACT

The aim of this paper is to reflect on the current crisis of democracies and the authoritarian turn from an analysis of the subjectivations. At first, we describe the liberal ideal of transparency in the democratic generation of consensus and its neglect of the dimension of political subjectivities. In a second moment, we will resort to the studies on the authoritarian personality carried out by the first generation of the Frankfurt School. Thus, we try to show that social authoritarianism are “symptoms” that cannot be reduced to their economic location nor explained only by an analysis of the relations of political forces but must also be inquired in the intersection between ideology and subjectivity. Finally, we offer some reflections on the contemporary processes of subjectivation and its role in the acceptance of the social conditions and of social forms of authoritarianism.

Keywords: authoritarianism; subjectivity; democracy; neoliberalism; liberalism

1. INTRODUCCIÓN

La crisis financiera del 2008 parece haber hecho visible lo precario de un cierto consenso que dominó el imaginario político de Posguerra, un consenso estructurado sobre las ideas de un sistema político republicano y democrático, una economía de mercado y valores liberales de socialización. Más allá de que la realidad de dicho consenso fue más la de un “tipo ideal” o la de una “idea regulativa” que la de un estadio consumado, se puede decir que sobredeterminó la vida política y los discursos normativos sobre las sociedades occidentales. Es justamente esto lo que hoy se ve cuestionado por derecha y de forma autoritaria a partir de una ola de gobiernos, líderes y movimientos políticos a lo largo de todo el mundo. Esto se puede ejemplificar no sólo en EE. UU. con Trump o en Brasil con Bolsonaro, sino también en prácticamente toda Europa o en países geopolíticamente centrales como India, Turquía, Israel o Rusia, sin contar también el brutal desenlace de la Primavera Árabe y la irrupción de un sanguinario fundamentalismo religioso en Medio Oriente -que significativamente encuentra buena parte de su fuerza militante en jóvenes nacidos y educados en sociedades europeas-.

Si bien todos estos fenómenos tienen características nacionales propias, considero que son parte de una crisis global de los imaginarios democráticos, de una “gran regresión” autoritaria global, tal y como se la denominó en un popular libro aparecido hace un par de años (Geiselberger, 2017). En este marco, el objetivo del presente trabajo es analizar este fenómeno a partir de una reflexión sobre las formas ideológicas de subjetivación. La originalidad del enfoque propuesto radica en que no busca abordar el problema desde una perspectiva institucionalista o desde el análisis de los actores políticos, como es frecuente en la ciencia política, o desde un análisis de las transformaciones económicas y sociales, como es frecuente en los análisis económicos o marxismo economicista, sino que intenta plantear el problema desde la intersección entre las ideologías autoritarias y las formas de subjetivación. Ofrecemos aquí un enfoque que busca explorar en el nivel de las motivaciones, en las formas de experimentar el mundo y en los modos de construcción de identidad de los sujetos que corresponden a modos de autoritarismo social.

En este sentido, en las líneas que siguen buscaremos analizar ciertos presupuestos de ese consenso liberal que está actualmente en crisis, en particular lo que llamamos su utopía de transparencia (la utopía neoliberal de un mundo sin fricciones y la utopía institucionalista del consenso pleno) para mostrar que hay allí una comprensión excesivamente racionalista de la subjetividad y que, en parte, es eso lo que impide pensar el giro autoritarismo como algo interno al orden liberal democrático. Las herramientas para el análisis de estas formas de autoritarismo las buscaremos en los estudios sobre la personalidad autoritaria de la primera generación de la Escuela de Frankfurt. En nuestra lectura de estos estudios intentaremos mostrar que los fenómenos de autoritarismo social son “síntomas” que no pueden ser reducidos a su ubicación económica ni explicados solamente por un análisis de las relaciones de fuerzas políticas, sino que deben ser también indagados en la intersección entre ideología y subjetividad, en las formas de subjetivación que están detrás de las instituciones. Esto permitirá, en la parte más extensa del trabajo, reflexionar sobre procesos contemporáneos de subjetivación propios del neoliberalismo, mediante los cuales se produce la aceptación y la justificación de las condiciones sociales y de las relaciones autoritarias. Confiamos en que este análisis puede contribuir a comprender el actual giro autoritario como resultado de la crisis de la democracia liberal y de la generalización de valores neoliberales.

2. El retorno de las fricciones

En un libro de mediados de los años 90s, *The Road Ahead*, Bill Gates (1995) formula la utopía de un nuevo “capitalismo sin fricciones” basado en la velocidad de las conexiones ciberespaciales que despejaría todo obstáculo al fluido funcionamiento de los mercados y los intercambios: las distancias, los costos, las regulaciones, la falta de información, la carencia de productos, las cargas laborales. En la portada de la primera edición del libro se podía ver una carretera que en medio de la nada ofrecía desplazarse sin barrera alguna hacia un horizonte luminoso y cercano, un Bill Gates sonriente y relajado invitaba al lector a emprender ese prometedor camino. Como una carretera hacia adelante, sin peajes ni demoras, se imaginaba Gates el futuro, un espacio sin fricciones en el que los competidores debían surgir de todas partes y los clientes responder rápidamente, en el que la ganancia sólo estaría limitada por la falta de astucia. Por supuesto que esta visión no aludía sólo a obstáculos logísticos, sino también a aquellos elementos perturbadores en la realización del deseo: pasiones, traumas, divisiones, injerencias no solicitadas. Con esa abolición de las fricciones el neoliberalismo triunfante de mediados de la década del 90 se presentaba también cosmopolita, tolerante, incentivador de la diversidad, pacifista. Pero el rostro alegre de eso que Nancy Fraser

(2017) llamó “neoliberalismo progresista” parece haberse difuminado cuando, tras la crisis financiera del 2008, se hizo evidente que ese sueño de un mundo sin traumas ni fricciones no era más que eso, un sueño, y que la carretera hacia adelante estaba en realidad repleta de barricadas.

El ascenso de Donald Trump a la presidencia del país más poderoso de Occidente puede entenderse como la consolidación de una regresión autoritaria mundial que no concuerda con la imagen de las carreteras veloces y abiertas del neoliberalismo libre de fricciones. Se puede decir, tal vez, que este perfil autoritario del neoliberalismo fue siempre su mala conciencia, desde las dictaduras Latinoamericanas en los años 70s hasta lo que Stuart Hall (1979) llamó “populismo autoritario” para definir al régimen de Margaret Thatcher. Sin embargo, ahora asistimos a un autoritarismo que no siempre apela a las armas -aunque lejos esté de prescindir de ellas cuando lo considera necesario- sino que en la mayoría de los casos gana legítimamente elecciones, un autoritarismo que ya no sueña con un mundo globalizado, sino que se confina en una defensa orgullosa y violenta de lo propio. Desde la emergencia en toda Europa de movimientos antisemitas e islamofóbicos autodenominados “identitarios” y el avance electoral de partidos extrema-derecha, pasando por el militarismo cada vez más teocrático del Likud israelí, desde los movimientos de opinión que dieron sustento al Brexit, o la revitalización de los discursos xenófobos, misóginos, securitaristas y anti-igualitarios en Latinoamérica hasta el sorpresivo ascenso de Jai Bolsonaro a la presidencia de la economía más grande de esta región. Fenómenos dispares entre sí que hacen patente de una forma violenta la imposibilidad de neutralizar la “fricción”, que nos muestran otra vez el mundo como un lugar fracturado y que las divisiones -de clase, territoriales, culturales, económicas, morales- nunca fueron despejadas de la carretera.

Pero esta fantasía del fin de las fricciones no fue exclusiva de las visiones más utópicas y futuristas del capitalismo global, sino que puede encontrarse perfilada en algunos intentos liberales de fundar un proyecto democrático en términos seguramente más inclusivos, pero no por eso menos ilusorios. Estoy pensando puntualmente en dos experiencias históricas ocurridas casi simultáneamente en los años 80s. La primera de ella sucedió a la salida de la dictadura militar más dolorosa de la historia argentina, cuando a partir de 1983 se volvió imperiosa la tarea de pensar los fundamentos, las posibilidades y los alcances de la naciente democracia conducida por Raúl Alfonsín. El clima sentimental de este período de “transición democrática” estuvo conformado no sólo por el entusiasmo, sino también por la experiencia de la derrota que la izquierda había sufrido y de la cual provenían buena parte de sus intelectuales. La “transición” repobló el campo semántico de la política con un léxico que años atrás habría sido ridiculizado como burgués o liberal: “elecciones”, “instituciones”, “libertades democráticas”, “estado de derecho”, fueron expresiones que ocuparon el imaginario de los años 80s argentinos (Lesgart, 2002).

La democracia aparecía, así como un horizonte deseable y quizás también posible. Para esto debía ser superado fundamentalmente el pasado autoritario, no sólo el del aparato estatal-militar, sino también el de sus mismas tradiciones revolucionarias. La política debía ser pensada en términos que no podían ya vincularse ni a la guerra ni al ritual, sino que debía estar ahora referida a un pacto democrático. Como afirmaron Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, dos de los más prominentes intelectuales de la “transición”, se trataba de un pacto pensado como regla constitutiva de la democracia que debía asumirse como un compromiso que “delimite un marco global compartido dentro del cual los conflictos puedan resolverse sin desembocar en la anarquía y las diferencias coexistan sin disolverse” (1984, p. 19). Con la centralidad de la idea de pacto democrático en los 80s una nueva ontología social desplazaba al mesianismo -revolucionario o autoritario- de un horizonte último de reconciliación. El pacto era también una apuesta ética antes que política, o mejor dicho, el pacto era el fundamento ético de la política de la nueva democracia argentina.

Por esos mismos años y en términos similares fue que Habermas planteó su intervención en lo que se conoció como la “Disputa de los historiadores” (*Historikerstreit*). Esta controversia tuvo lugar entre 1986 y 1989 en la Alemania Federal a raíz de un artículo de Jürgen Habermas (1988) en el periódico *Die Zeit*, en el que confrontaba con algunos historiadores que habían emprendido por esos años un revisionismo histórico con el fin de normalizar el pasado nacionalsocialista en la conciencia pública alemana. La figura más mediática entre aquellos historiadores era sin dudas la de Ernst Nolte, para quien el genocidio judío debía comprenderse como una “respuesta exagerada” a las matanzas de clase estalinistas en la década del 30, es decir, como un eslabón más dentro de una larga cadena de genocidios (Nolte, 1995). Lo que Habermas en su intervención cuestionó no fue la intención de una relación despojada de culpa con el pasado, sino que eso sea llevado a cabo en función de reconstruir un nacionalismo particularista vinculado a una tra-

dición antidemocrática y totalitaria. Habermas (2007) proponía en cambio pensar esa relación a partir de una “identidad posconvencional” basada en normas de carácter universal y en el seguimiento por parte de los ciudadanos de un “patriotismo constitucional” alejado de cualquier nacionalismo dogmático. La identidad nacional, como toda identidad, era para Habermas el producto de una decisión que, en el caso de la nación alemana, debía estar dirigida a tomar el camino de Occidente, del cual se había trágicamente desviado. Para Habermas, “el único patriotismo que no nos hace extraños a Occidente es el patriotismo constitucional. Un compromiso con principios constitucionales universales que sólo pudo ser afianzado como convicción en la cultura nacional alemana desde –y gracias– a Auschwitz” (Habermas, 1988, p. 39).

Por lo tanto, también para Habermas, la posibilidad de superar el pasado autoritario sólo se hacía visible en el marco de un orden democrático basado no en acuerdos sustantivos, sino en un pacto sobre principios y reglas de carácter racional, en cuya aceptación y seguimiento radicaba el antídoto contra toda regresión autoritaria. Sería un despropósito poner en el mismo plano la utopía capitalista de Bill Gates con los intentos liberales de fundación democrática de Habermas y los intelectuales de la “transición” argentina, pero sí deseo señalar un punto en el que todos ellos coinciden: la utopía de la transparencia de lo social. Esto es, todos ellos confiaban en que si se acordaban determinados marcos sociales podríamos obtener un mundo en el que los conflictos sean solucionados sin mayores costos en términos de disolución y violencia. En la idea del pacto y del patriotismo constitucional vivía la expectativa de que un conjunto de reglas, procedimientos o acuerdos formales mínimos podría garantizar una convivencia democrática capaz de procesar las diferencias y los desacuerdos.

Ambas opciones partían del reconocimiento del poder performativo del discurso en una esfera pública, de modo que la democracia aparecía como el marco institucional en el que diferentes intereses individuales podrían expresarse en términos no violentos. Si bien en ambos casos se aceptaba que el procedimiento deliberativo no garantizaba el perfecto funcionamiento de la democracia, sí se tenía la confianza de que al menos los conflictos más explosivos podrían ser resueltos mediante los procesos, instituciones y reglas estipuladas. Sólo se trataba de que todos aceptemos estas reglas, que las transformemos en nuestros valores y que depongamos en función de ellas nuestras pasiones en una esfera pública neutral. El problema que aquí deseo señalar no tiene que ver con el carácter ideológico de esta construcción, es decir con su condición de “ideología jurídica” –esa operación discursiva autofundante según la cual lo que el derecho declara que debe ser es lo que existe por definición (Karczmarczyk, 2017)–, sino más bien con cierta aporía contenida en aquel ideal de transparencia liberal y que ahora se hace visible con la aparición de los nuevos autoritarismos.

Este problema se hace más claro si nos preguntamos ¿qué sucede cuando la amenaza a la democracia no proviene desde afuera, ni de figuras revolucionarios ni de intentos totalitarios, sino desde su interior, cuando lo que la amenaza no se aparta del respeto a las reglas y los procedimientos que se consideran constitutivos de la razón democrática? ¿Cómo pensar esas amenazas que no piden la abolición de los parlamentos, que no buscan destronar gobiernos constitucionales, ni prohibir elecciones o suspender el estado de derecho *tout a court*, sino que se valen de las mismas reglas en las que se basa la democracia para expresar demandas y deseos antidemocráticos? Es este el interrogante que plantean las Nuevas Derechas y las formas más violentas del neoliberalismo autoritario. Este es el problema que hoy deben afrontar estas visiones –deliberativas o institucionalistas– que, al estar exclusivamente centradas en la ejecución del pacto y en la diagramación de las reglas, olvidaron que quienes debían hacer suyos los valores democráticos y ejecutar los procedimientos regulativos no estaban exentos de pasiones y motivaciones no necesariamente compatibles con la democracia. Es justamente esta “aporía de la democracia” (Ipar, 2014) lo que deseo discutir en las páginas siguientes, y lo haré enfocándome en lo que podríamos considerar las condiciones subjetivas de la vida democrática, es decir a partir de una reflexión sobre las subjetividades.

La importancia de esta dimensión se vuelve más clara si acudimos a una observación de Theodor Adorno en una conferencia en el año 1958 a propósito de la elaboración del pasado nazi. Allí Adorno afirmaba que “la supervivencia del nacionalsocialismo *en* la democracia es potencialmente mucho más amenazadora que la supervivencia de tendencias fascistas *contra* la democracia.” (Adorno, 1998, p. 15. Cursivas son del original). Según esta idea el peligro de la democracia estaba no tanto en la debilidad de los marcos institucionales, sino en la sensibilidad de los actores que les daban contenido a esos marcos. Esto porque para Adorno el nexo entre democracia y totalitarismo no era externo, de modo que no bastaba con el simple aseguramiento de una esfera pública en la que individuos soberanos y dueños de sí mismos pudieran expresar sus auténticas opiniones e intereses, sino que el problema era precisamente lo que se encontraba

detrás de esos “individuos soberanos y dueño de sí mismo” que expresaban sus auténticos intereses. Si en la idea del pacto y del patriotismo constitucional la democracia era presentada como el lugar de la transparencia que permitía a los individuos hacer valer su voz, sólo a condición de que siguieran las reglas prefijadas, Adorno señalaba el carácter ilusorio de esa transparencia al mostrar lo conflictivo de la subjetividad que debía habitar ese espacio público y respetar esas reglas prefijadas (Robles, 2018b).

Estas reflexiones querían mostrar que el sujeto soberano era en realidad el punto oscuro que el “pacto democrático” y el “patriotismo constitucional” debían suponer para afirmar el carácter vinculante de la esfera pública; y, al mismo tiempo, aquello que ponía en peligro todo ese orden deliberativo una vez que, tal y como ahora es manifiesto, esos sujetos soberanos comenzaban a utilizar las reglas procedimentales de las instituciones democráticas para canalizar pasiones antidemocráticas. Este problema estuvo en el centro las preocupaciones políticas e intelectuales de la primera generación de la Escuela de Frankfurt, como lo muestran sus reflexiones sobre el autoritarismo que, tal vez, sirvan hoy de ayuda para pensar nuestras propias preocupaciones. Al abordar el problema del autoritarismo desde el punto de vista de la subjetividad, la Teoría Crítica permite discutir la ilusión de transparencia que anida en las perspectivas procedimentales e institucionalistas de la democracia y la ilusión neoliberal de un mundo sin fricciones. Estas dos ilusiones fueron de alguna manera el “sentido común” con el que se pensó el universo político durante las últimas décadas del siglo XX y comienzo del actual, y que estuvieron en la base de un cierto consenso -disputado y problemático como todo consenso- entre liberalismo democrático y capitalismo autorregulado. Pero es justamente ese consenso lo que ahora parece estar estallando por los aires en tiempos de la regresión autoritaria. Veamos entonces las reflexiones de la vieja Teoría Crítica sobre las formas de subjetivación autoritarias a la luz de los actuales peligros de la cultura democrática.

3. Actualidad de la subjetividad autoritaria

El problema del autoritarismo estuvo presente desde los primeros años de la fundación del Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt en la década del 20. No es extraña la insistencia en este asunto dada la situación social durante la República de Weimar, y mucho menos si consideramos el desenlace catastrófico de toda esa época. La primera gran investigación producida en el seno del Instituto se trataba de un proyecto colectivo dirigido por Erich Fromm (2012) sobre las disposiciones políticas de los trabajadores y funcionarios públicos a comienzo de los años 30s. Se trataba de una obra empírica diagramada sobre una base psicoanalítica, si bien un tanto rudimentaria para estándares actuales, pero cuya intención marcó una forma de entender la Teoría Crítica. Lo que este estudio se proponía era analizar las tendencias ideológicas de los entrevistados más allá de sus posiciones políticas; pero como queda de manifiesto en numerosos testimonios posteriores, los resultados obtenidos no fueron para nada esperanzadores (Sotelo, 2012). *Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich*, tal y como se conoció a este estudio, constituye una obra valiosa ya que es el inicio de la productiva colaboración entre análisis social y psicoanálisis que dio perfil a lo que se conocería como la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt.

Pero esta obra era también valiosa porque con su pesimismo este estudio contradecía el optimismo prácticamente metafísico del marxismo hegeliano y su confianza en el carácter ontológicamente revolucionario del proletariado (Robles, 2018). La experiencia histórica a la que respondía aquí el recurso al psicoanálisis en la Teoría Crítica era entonces la experiencia del fracaso de la revolución. Una revolución que en Alemania alguna vez pareció estar a la vuelta de la esquina pero que, en el transcurso de unos pocos años, no sólo no se había consumado, sino que se había encaminado con un ritmo desbocado hacia la forma más cruel de barbarie hasta entonces conocida. Tras la conquista del poder por parte de Hitler el Instituto se dispersa rápidamente en el exilio, pero su preocupación por el fenómeno del autoritarismo se intensifica y se diversifica en diferentes áreas de análisis, para constituir finalmente una clave fundamental de toda su crítica cultural (ver Morelock, 2018). De esta diversidad en las reflexiones sobre el autoritarismo voy a retener ahora un estudio en especial, me refiero al estudio colectivo aparecido en 1950 que, junto con un grupo de investigadores de la Universidad de Berkeley, dirigieron Adorno y Horkheimer y que llevó el nombre de *La Personalidad Autoritaria* (Adorno et. al., 1965).

Estos estudios eran la continuación de los *Estudios sobre Autoridad y Familia* comenzados e interrumpidos en Alemania y se proponían también investigar las condiciones y disposiciones que hacían a ciertos individuos particularmente vulnerables a la interpelación antidemocrática. No se trataba de una radiografía de nazis confesos, sino de encontrar tendencias, formas de pensar, opiniones y modos de construir subjetividades que podrían confluir con un movimiento fascista. Los autores intentaban investigar el nexo

psicológico entre el nivel de las necesidades y el de las ideologías; es decir, tanto el nivel de las “opiniones, actitudes y valores” que se expresan “más o menos abiertamente mediante palabras”, como el nivel de las “tendencias más profundas” no necesariamente articulables como ideas o puntos de vistas (Adorno, 2009, p. 156). En la “Introducción” general al mencionado estudio Horkheimer definía la “personalidad autoritaria” como una nueva figura de la individualidad que “parece combinar ideas y aptitudes típicas de una sociedad altamente industrial con creencias irracionales o anti-racionales”, alguien “al mismo tiempo ilustrado y supersticioso [...] orgulloso de su individualismo y constantemente temeroso de parecerse a los demás, celoso de su independencia e inclinado a someterse ciegamente al poder y la autoridad” (Adorno et. al., 1965, p. 32).

En resumen, el estudio intentaba pensar un conjunto de características, actitudes disposiciones, comportamientos que hacían a las personas más o menos receptivas a la propaganda autoritaria, y para esto recurría a un conjunto de entrevistas y cuestionarios realizados a casi 3000 personas que puntuaban según cuatro escalas: antisemitismo, fascismo, conservadurismo y etnocentrismo -con este término se definía la identificación acrítica con el endogrupo-. Esas escalas (de las cuales la denominada “escala F” -por “fascismo”- se hizo célebre y continua siendo replicada en innumerables estudios hasta el día de hoy) aplicadas al material lograban agrupar nueve ítems en torno a los cuales se definían las características generales de la personalidad autoritaria que ilustran bastante bien el perfil de este modo de subjetivación: 1) el convencionalismo y la adhesión rígida a valores socialmente aceptados, 2) la sumisión a la autoridad, 3) la oposición a toda introspección y autorreflexión, 4) la agresión autoritaria como tendencia a condenar y castigar a los que violan los valores convencionales, 5) la superstición y la estereotipia, por ejemplo, la creencia en el destino de la naturaleza humana y la tendencia a pensar en categorías fijas, 6) la valoración de las relaciones personales según categorías como las de débil-fuerte, poder-sumisión y la identificación con lo fuerte y poderoso, 7) la aprobación de la violencia contra los que violan las normas sin consideraciones morales o empáticas, 8) la tendencia a proyectar al exterior sus impulsos inconscientes que llevan a percibir el mundo como un lugar de excesos y peligros, y 9) una preocupación exagerada por cuestiones sexuales.

Tanto la escala como las bases teóricas del estudio fueron criticadas, reformuladas, defendidas, recuperadas y vueltas a criticar en la extensa historia de los estudios empíricos sobre autoritarismo que esta investigación inauguró, pero en la que no me voy a detener ahora (ver Ripp et. al., 2000). Pero sí me quiero detener en una peculiaridad de esta investigación, me refiero a la casi completa ausencia de referencia a una minoría puntual; algo que podría considerarse un defecto pero que en realidad constituía un supuesto teórico del trabajo: al investigar los prejuicios contra determinadas minorías sin enfocarse en las determinaciones propias de esas minorías se daba por sentado que los prejuicios eran estructuras subjetivas sin referencias precisas. Para Adorno se trataba de formas y disposiciones de la subjetividad cuya principal característica consistía en estar incapacitada para ver las particularidades de su objeto de odio. El problema de la personalidad autoritaria estaba en que no lograba ver las diferencias entre su estereotipo y la especificidad del objeto social de su experiencia.

Estos mecanismos de constitución de formas de subjetividad herméticas es lo que Adorno buscó pensar en ciertos escritos paralelos que debían servir de base psicoanalítica a los estudios sobre *La Personalidad Autoritaria*, entre los que me interesa particularmente un texto de 1951 llamado “La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista” (Adorno, 2004). En este trabajo el concepto ya comentado de personalidad autoritaria se complementaba con el concepto de narcisismo herido. De modo un tanto esquemático se puede decir que si el carácter autoritario aludía a una formación regresiva que combinaba obediencia y violencia en una suerte de “rebelión conformista”; por su parte, la idea de narcisismo herido aludía a la experiencia de impotencia e insignificancia social de un Yo que sólo encontraba satisfacción en la identificación con la autoridad. En el narcisismo se trataba de individuos cuyas renunciaciones libidinales no eran recompensadas afectivamente ni en términos de reconocimiento, y cuyos impulsos retornaban a un Yo incapaz de hacerse cargo de ellos, por lo que la satisfacción sustituta sólo se encontraba en la identificación con un Superyó colectivo.

En este texto se exponía lo que Jan Weyand, en un estudio sobre el concepto de sujeto en Adorno, denominó “dialéctica del narcisismo” (2001, p. 136) y que consiste básicamente en que toda autoconservación individual necesita de una cierta afirmación narcisista de la persona y de un cuidado del individuo sobre sí mismo. Pero esto es algo que se vuelve especialmente precario en las sociedades del capitalismo

tardío donde todo se torna prescindible e intercambiable, incluso los individuos. Es, entonces, la misma sociedad que impone la urgencia de una autoafirmación narcisista la que impide sistemáticamente esa autoafirmación. El carácter autoritario consiste precisamente en una forma de resolver esta “dialéctica del narcisismo”; es decir, al experimentar la insatisfacción narcisista el individuo se pregunta quién es el culpable del fracaso de su autoafirmación, pero su respuesta no apunta a sí mismo -esto sería ahondar en el daño narcisista que sufre-, ni tampoco a la sociedad como un todo -ya que la sociedad moderna se le presenta como abstracta, indescifrable y todopoderosa-. Para hacer frente a esto el individuo procede de dos maneras: eligiendo un culpable e identificándose con un Superyó colectivo que completa su Yo herido. Esta doble acción le otorga al individuo la satisfacción narcisista que no es capaz de conseguir por sí mismo y que se le hace imperiosa para sobrevivir. Identificarse con una autoridad poderosa compensa la sumisión y produce placer, al mismo tiempo que otorga ventajas pragmáticas al servir como orientación en un mundo incomprensible.

Pero hay otro aspecto interesante de este lazo de identificación: toda identificación es erótica y tiene un aspecto devorador ya que intenta que el objeto amado llegue a ser parte de uno mismo. Aquí entra en juego el concepto de “idealización”: en el amor una parte tiene que ver con un amor al ideal del Yo que ve en el objeto amado ciertas perfecciones que se desea alcanzar amando a ese objeto, poseyéndolo en el amor. En el amor al líder habría también una idealización del Yo, o mejor dicho una proyección de un Yo mejorado; en ese amor el individuo puede superar la tensión que experimenta entre las pretensiones narcisistas de su Yo y su impotencia social, es decir, resolver la dialéctica del narcisismo herido. El líder es entonces nada más que una ampliación del sujeto, en la que el seguidor en definitiva se ama a sí mismo y, al mismo tiempo, consigue soportar la frustración que la sociedad le impone a su narcisismo. Lo que Adorno denomina “identificación a través de la idealización” (Weyand, 2001, p. 34) cumple la función del cuidado narcisista del Yo borrando las huellas de su impotencia para afrontar las costosas tareas que exige dicho cuidado. Para facilitar la identificación narcisista el líder debe presentarse como el narcisista absoluto, alguien que no ama a nadie salvo a sí mismo; pero al mismo tiempo debe aparecer común y corriente para facilitar esa identificación, debe presentarse como “un pequeño gran hombre” no muy distinto del individuo frustrado en su narcisismo (Weyand, 2001, p. 37).

Pero si a través de la identificación el Yo débil consigue sostener una identidad y cierta autoestima en un mundo que constantemente le muestra que no es más que una ficha intercambiable, esa identidad y esa autoestima son, sin embargo, tan precarias y amenazadas como lo es su posición en el “mundo administrado”. Todo aquello que le demuestre al sujeto esta precariedad, que le recuerde lo tortuoso de su identidad, será objeto de su furia. Hay una continuidad entre autoafirmación y agresión, ya que el Yo de la personalidad autoritaria que busca curar las heridas narcisistas necesita por su misma constitución un chivo expiatorio. En “Elementos de Antisemitismo”, un escrito sombrío e iluminador al mismo tiempo contenido en *Dialéctica de la Ilustración* (Adorno & Horkheimer, 2006), Adorno describe los mecanismos de construcción de este objeto del odio a propósito del antisemitismo. Allí muestra que el objeto que debe ofrecerse como chivo expiatorio para el antisemita debe ser necesariamente ambiguo, debe poder soportar múltiples definiciones, muchas de las cuales hasta pueden ser manifiestamente contradictorias. Adorno afirma que en el antisemitismo los judíos “son considerados por la civilización avanzada como atrasados y a la vez demasiados adelantados, como iguales y diferentes, astutos y tontos” (Adorno & Horkheimer, 2006, p. 211).

Culturalmente el judío representaba al banquero, al comerciante, al asimilado cosmopolita, al intelectual, aglutinaba en torno de sí el conjunto de las representaciones de lo que estaba en la base de la modernidad y del orden liberal -el comercio, el espíritu, el derecho, las relaciones ciudadanas pero, al mismo tiempo, el judío representaba lo arcaico que la modernidad liberal había sacrificado para forjar su fisonomía: la naturaleza dominada, la felicidad sin poder, la debilidad y la cobardía, la incontinencia de las pasiones, la mimesis reprimida. En definitiva, lo que la visión antisemita necesita es una imagen imprecisa y contradictoria que no puede ser desmentida por la experiencia porque no alude a nadie en particular, sino que era la síntesis imprecisa de los propios temores. En estas reflexiones no se pretendía reducir el fascismo a cierta dinámica psicológica, sino indagar en la forma en la que el fascismo explotaba las frustraciones y malestares sociales expresados en una dinámica psicológica particular. Tanto en los estudios sobre la personalidad autoritaria como en las reflexiones sobre el narcisismo herido, se pretendía mostrar que las formas autoritarias de subjetividad debían ser entendidas como modos de articular experiencias sociales

de impotencia, temor y malestar.

En estudios posteriores sobre el autoritarismo se intentó dejar de lado el aparato psicoanalítico, como por ejemplo en los trabajos de Bob Altemeyer (2006) quien reemplazó el psicoanálisis por un modelo de teoría del aprendizaje. Una importante excepción a esta tendencia fueron los *Leipziger Mitte-Studien* llevados adelante desde el año 2006 por los psicólogos sociales Oliver Decker y Elmar Brähler (Decker et al., 2018). Ellos y su grupo se propusieron estudiar el autoritarismo desde el punto de vista de las condiciones violentas de la socialización, pero ya no restringida a la primera infancia, sino ampliadas al ámbito escolar, al grupo de pares y a los medios de comunicación; tarea para la que recurrieron expresamente a la interpretación psicoanalítica. Con respecto a esta elección, Decker señala que en el abandono de la perspectiva psicológica en “las teorías del autoritarismo moderno, de lo que se prescinde no es tanto del supuesto de una producción social del carácter, sino, sobre todo, de la exposición del carácter violento de esta socialización” (Decker et al., 2018, p. 68), lo que llevaría a plantear el autoritarismo como un problema de las personas y no como un problema de la misma sociedad. Según esta opinión, a diferencia de los enfoques más sociológicos o descriptivos, el recurso a la psicología permite plantear el autoritarismo en el marco de la relación entre el individuo y la sociedad para mostrar así que la socialización está atravesada por la violencia o, mejor dicho, que la adaptación social muchas veces sólo es posible sobre un trasfondo violento.

De este modo, la reflexión sobre la subjetividad autoritaria, lejos de implicar una psicologización de un problema social, tendría la ventaja de sacar a luz la violencia social inherente en el volverse sujeto. Precisamente en esto radica a mi entender la actualidad de estos estudios: al tematizar las condiciones subjetivas de las ideologías antidemocráticas era posible mostrar que entre democracia y autoritarismo hay un *continuum* latente visible precisamente en el plano de las subjetivaciones. En la personalidad autoritaria se muestra que esa relación debe ser buscada no sólo en el ámbito de las opiniones o ideologías disponibles en el espacio público, sino en lo que se denominaba “opinión no pública”, en latencias y tendencias muchas veces inconscientes, que es justamente donde el ideal de transparencia democrático se muestra como ilusorio. Adorno intentaba explicar los fenómenos de autoritarismo social como “síntomas” que no podían ser reducidos a su ubicación económica ni podían ser explicados por un análisis de las relaciones de fuerzas políticas, sino que debían ser indagados tanto en sus reacciones manifiestas como inconscientes, localizados en la intersección entre ideología y subjetividad.

Ni la idea del pacto democrático o del patriotismo constitucional habían notado que las amenazas podían residir en la dinámica subjetiva de la deliberación y del espacio público, y esto es justamente lo que los estudios sobre la personalidad autoritaria permiten pensar: que es en los modos de subjetivación de los participantes en el espacio público donde se esconden las amenazas a la democracia. La frase anteriormente citada según la cual “la supervivencia del nacionalsocialismo *en* la democracia es potencialmente mucho más amenazadora que la supervivencia de tendencias fascistas *contra* la democracia” apunta a precisamente a eso: no a los marcos institucionales sino a la sensibilidad de los actores que les dan contenido a esos marcos. Entonces, como tarea habría que realizar ahora las preguntas que se hicieron los frankfurtianos en sus indagaciones sobre el autoritarismo como un ejercicio de teoría crítica del tiempo presente, habría que preguntarse por las figuras contemporáneas de la subjetividad autoritaria.

4. Figuras neoliberales del sujeto

Con el término “posdemocracia” Colin Crouch (2004) buscó describir un estado histórico en el que cada vez más países cuentan con elecciones libres y sistemas institucionales, pero en el que paradójicamente la política se está convirtiendo en un asunto de élites, los gobiernos se perciben como meros gestores y la apatía se expande como la más común entre las actitudes cívicas. Esto debido a que las referencias políticas de cohesión y solidaridad social se ven cada vez más socavadas por lo que Wolfgang Streeck señala como un proceso de “des-democratización de la economía y des-economización de la democracia” (2016, p. 40). La economización creciente de la vivienda, del sistema educativo y de la salud, la precarización de las condiciones laborales, incluso en ámbitos que para el imaginario colectivo aparecían como seguros y prestigiosos (el ámbito académico y científico es un ejemplo bastante claro de esto), contribuyen a la formación de imperativos sociales que ni los individuos ni los grupos son capaces de sostener.

Este conjunto de transformaciones que podemos agrupar bajo el concepto de neoliberalismo fue analizado en un ya clásico trabajo de David Harvey (2007) como el retorno a una forma particular de “acu-

mulación por desposesión” caracterizada básicamente por cuatro procesos: la privatización y la mercantilización de la mayor cantidad de ámbitos sociales posibles, la financiarización de la economía, la gestión y manipulación de las crisis y la redistribución estatal de la riqueza hacia arriba. Estas transformaciones, cuyo comienzo algunos datan de mediados de los años 70s y que otros remontan a la inmediata Posguerra, fueron pensadas extensamente también en términos de racionalidad social y de nuevas formas gubernamentalidad biopolítica (Foucault, 2007; Brown, 2016). Sin embargo, quisiera ahora enfocarme en la dimensión ideológica de este proceso, es decir en el plano de las estrategias de aceptación y motivación subjetivas de los imperativos neoliberales, ya que considero que es allí donde se hace más evidente la vinculación entre el neoliberalismo y las formas de autoritarismo social.

Parece que tras la crisis financiera del año 2008 el modelo político-económico neoliberal pudo encontrar una nueva instancia de legitimación en la politización de un autoritarismo capaz de canalizar malestares, temores y angustias provocados por esa misma globalización neoliberal. Si el autoritarismo se convirtió en una “estrategia neoliberal de gestión de crisis” (Demirovic, 2018), habrá que explicar entonces los mecanismos de articulación ideológica entre neoliberalismo y autoritarismo, es decir habrá que explicar cómo los imperativos neoliberales son asimilados en el plano subjetivo en términos autoritarios. Digo “habrá que explicar” porque a primera vista esta conexión no parece ser para nada obvia: si el neoliberalismo se había caracterizado por ser globalizador, individualista, modernizador, multiculturalista, entonces no parece claro cómo puede estar articulado con ideologías de carácter colectivista antes que individualista, xenófobas antes que multiculturalistas, nacionalistas antes que globalizadoras, tradicionalistas antes que modernizadoras. Lo novedoso del autoritarismo contemporáneo es que ambas tendencias conviven y considero que es en el terreno de las subjetividades donde hay que buscar esa convivencia paradójica. Para aventurar una respuesta a esta aparente paradoja sería conveniente preguntarse si estamos hoy ante ese tipo de individualidades rígidas que Adorno pensó en los años 40s y 50s, mucho antes de que se comenzara a hablar de “postmodernidad”, “sociedad de la información”, “redes sociales”, “neoliberalismo” y todas esas expresiones que configuran nuestra comprensión del presente. Habría que preguntarse, en definitiva, por las nuevas figuras subjetivas que quedan habilitadas o fomentadas en la sociedad neoliberalizada.

En las últimas décadas una serie de estudios han poblado el campo de las ciencias humanas intentado desentrañar los pliegues y contorsiones de eso que, de un modo u otro, llamamos subjetividad. Más allá de las diferentes caracterizaciones parece haber un consenso en torno a que la novedad a la que nos enfrentamos ahora puede ser definida con las posibles variaciones del término “riesgo”: inestabilidad, flexibilidad, ambigüedad. Para designar las nuevas figuras de la subjetividad se ha hablado de “carácter flexible” (Sennett, 2000), de “Self emprendedor” (Bröckling, 2015), del sujeto como “empresario de sí mismo” (Foucault, 2007) o como “capital social” (Brown, 2016), del “sujeto del rendimiento” (Chul-Han, 2012), etc. Pero más allá de las diferencias en sus diagnósticos todos estos análisis parecen indicar que en tiempos de deslocalización, flexibilización e incertidumbre laboral, resulta algo anticuado aquel modelo de subjetividad que estaba en el centro de la crítica de *La Personalidad Autoritaria*.

Es dudoso que este sea el caso. Hoy la defensa rígida de la propia identidad que caracterizaba a la vieja “subjetividad autoritaria” parece ser más un lastre que impide al individuo la completa flexibilidad y menos un mecanismo pragmático de gratificación narcisista. Los valores personales que se enarbolan actualmente son más del tipo de *soft skills* tomados del *management* empresarial antes que el resultado de una socialización en instituciones estructuradas sobre autoridades bien definidas: flexibilidad, apertura, saber escuchar, disponibilidad, capacidad de trabajar en equipo, voluntad de comenzar nuevamente, adaptación y agilidad, reemplazan como valores a la vieja disciplina, obediencia, constancia o respeto a la jerarquía. El viejo tipo-ideal del burgués previsor, calculador, que estipulaba costos y beneficios y que, postergando la satisfacción presente en pos de una satisfacción futura, forjaba su personalidad, parece no ser ahora más que una figura de la historia de la literatura sociológica.

Pero este nuevo sujeto habitante de un mundo que multiplica los riesgos es también una subjetividad aquejada por nuevos malestares: la depresión, la falta de concentración y, fundamentalmente, el miedo a fracasar (Hubl, 2007). Si el éxito es expresión de la capacidad de autocapitalizarse, el fracaso es signo de desidia, de rigidez, de falta de predisposición o de una mala estrategia, pero en todo caso siempre responsabilidad de uno mismo. La conjunción entre ampliación del capitalismo desregulado, vaciamiento de la democracia política y desintegración social, ha conducido a un clima de inestabilidad y pérdida de

control sobre la propia existencia. Una gran parte de la población es considerada en esta gobernanza neoliberal como no relevante o, en el mejor de los casos, como masa disponible para la estabilización del sistema. De hecho, se podría concebir al capitalismo financiero como una máquina que vive del miedo a la caída social en un mercado laboral que convierte en superficiales una cantidad siempre creciente de puestos de trabajo y antiguas ocupaciones. El miedo en este sentido no es una consecuencia paralela del capitalismo, sino su propia forma de vida.

¿No habría que comprender entonces a los movimientos autoritarios como una suerte de gestor de los miedos, de CEOs de los malestares? ¿No serían aquellos síntomas de un *Zeitgeist* caracterizado por lo que Zigmunt Baumann denomina “epidemia global de nostalgia” (2017), un anhelo desesperado de continuidad y estabilidad en un mundo fragmentado, una nostalgia epocal que funciona como mecanismo de defensa contra la aceleración de la vida y que responde al anhelo de un hogar seguro en un presente incierto? Parece como si los sujetos agobiados por la necesidad de adaptarse en un mundo que ofrece pocas referencias encontraran en una pretendida grandeza del pasado una opción para cumplir parte de lo que se pide de ellos. En este sentido debemos entender a estos movimientos como parte de estas transformaciones sociales o, como dice la socióloga Cornelia Koppetsch, la violencia de estos nuevos autoritarismos “no es el punto de partida, sino el punto culminante de los desarrollos antiliberales que surgieron del capitalismo autoritario” (2018, p. 58). Ellos cumplirían la promesa de un mundo sólido, estable, poseedor de jerarquías y ordenaciones fácilmente identificables, calmarían el miedo y el vértigo mediante una apelación a algo idéntico a sí mismo, último bastión en un mundo en el que a gran velocidad todo lo sólido se desvanece en el aire.

Sin embargo, para cumplir la imposible promesa de calmar los miedos y administrar los malestares el autoritarismo debe poder interpelar esas subjetividades de forma activa, debe ser capaz de articular una visión del mundo que ofrezca coordenadas de orientación tangibles y seguras, debe permitir la adaptación a condiciones sociales que son las que justamente aceleran esos miedos. Estos nuevos autoritarismos se insertan en una situación paradójica: enarbolan valores que deben compatibilizarse con las mismas condiciones de vida que generan los malestares que ellos intentan combatir. Para comprender esta difícil articulación resulta interesante el trabajo empírico que el sociólogo Willhem Heitmeyer viene llevando a cabo desde hace más de una década y que recientemente presentó en su libro *Autoritären Versuchungen* (*Tentaciones autoritarias*) (2018). Si bien Heitmeyer se detiene en las manifestaciones de lo que él denomina “nacional-radicalismo” en Alemania y no acude al psicoanálisis como herramienta teórica, muchas de sus premisas pueden extenderse a otros ámbitos geográficos y sirven para pensar las nuevas figuras de la subjetividad autoritaria.

La tesis central de Heitmeyer es que el resurgimiento de los autoritarismos debe entenderse como una respuesta regresiva a la experiencia generalizada de “pérdida de control” sobre la propia biografía, sobre los sentidos sociales y también de la autoridad estatal sobre su soberanía ante el avance de un capitalismo globalizado. De ese modo, los sujetos reaccionan a la crisis permanente de las condiciones de sus vidas con pesimismo y aferrándose a la idea de un entorno privado supuestamente intacto en una suerte de “privatización” de la crisis. Este énfasis en la supuesta seguridad de la propia esfera va aparejado, especialmente entre la clase media, de una creciente necesidad de demarcación con respecto a grupos sociales que son considerados superfluos o potencialmente amenazantes. Es en este contexto en el que las opciones políticas autoritarias logran captar la emocionalidad de las voluntades a partir de una doble delimitación social:

...por un lado contra «los de arriba», el *establishment* político, y por otro lado, contra los que están «abajo de nosotros», «los que nos saquean», en la medida en que ese saqueo puede afectar al estatus social, pero sobre todo la evidencia de la propia identidad cultural (Heitmeyer, 2018, p. 175).

Este fenómeno de recogimiento sobre la esfera privada y de delimitación social que analiza Heitmeyer puede servir para pensar un problema central de nuestras sociedades latinoamericanas, como lo es el de la desigualdad social. Para plantear esto me voy a referir a otro estudio empírico sobre el autoritarismo so-

cial que explícitamente toma como modelo a *La Personalidad Autoritaria*: me refiero a un estudio colectivo llevado a cabo entre los años 2013 y 2015 en la Ciudad de Buenos Aires por un grupo de investigadores de la Universidad de Buenos Aires dirigidos por Gisela Catanzaro y Ezequiel Ipar (Catanzaro & Ipar, 2016). No me voy a detener en las precisiones técnicas y en las opciones metodológicas del trabajo, algo que iría más allá de los límites de este escrito, pero sí quisiera rescatar algunas de sus observaciones concernientes a la cuestión de la desigualdad social. Con respecto a este punto, uno de los objetivos de esta investigación era indagar en la relación entre procesos históricos de aumento de las desigualdades sociales y las ideologías tendientes a volverlas aceptables y hasta deseables.

En sus numerosas entrevistas, encuestas y *focus groups*, los investigadores notaron que para muchos de los participantes que habían puntuado alto en los ítems “antidemocráticos” la expresión “justicia social” se asociaba curiosamente con dos ideas. Por un lado, se asociaba con la idea de “justicia por mano propia” o de “justicia que hace el pueblo”, es decir con un imaginario punitivista en referencia a un castigo que se ejercía cuando el Estado era incapaz de cumplir las exigencias represivas que se esperan de él. Y, de forma paralela, para otros “puntuadores altos” el concepto de “justicia social” se asociaba a un cierto engaño por parte de algunos grupos para beneficiarse del esfuerzo social a cambio de nada, eximiéndose así de las respectivas obligaciones, o tal y como lo enunciaba un entrevistado: “la justicia social es darle algo a alguien a cambio de nada. En ese caso, ¿qué pasa con el que trabaja?” (Ipar, 2017, p. 19). En ambos casos la interpretación de la justicia social venía acompañada de la exigencia de sanción o rechazada como un engaño bajo una idea meritocrática de equilibrio entre el esfuerzo y los beneficios sociales. En ambos casos también desaparecía cualquier referencia remota a la idea de igualdad o de solidaridad inherente al origen histórico del concepto de justicia social (Cuesta & Wegelin, 2017). Así, en una declaración realizada por un participante de 58 años, que en su trayectoria laboral había pasado desde una posición gerencial hacia una situación de trabajador flexibilizado, se podía leer lo siguiente:

Imaginen que estamos todos flotando luego de un naufragio en un mar embravecido. Todos hacemos mucho esfuerzo para mantenernos a flote, nadamos, buscamos aferrarnos de algo y de repente vemos a un grupo al que le pusieron chalecos salvavidas y no necesitan esforzarse para sobrevivir. Eso es terriblemente injusto, porque mientras todos estemos arrojados al mar, todos deberíamos estar en las mismas condiciones (Ipar, 2018, p. 842).

En este fragmento puede encontrarse condensada la visión del mundo del entrevistado, para quien la realidad laboral es percibida como un mar embravecido en el que la posibilidad de naufragio es experimentada como una suerte de destino ante el que nada puede hacerse. Lo interesante es que el entrevistado conecta su suerte laboral con una amonestación a aquellos que recibieron “chalecos salvavidas”, en clara alusión a las protecciones sociales que, según él, arbitrariamente exime a determinados grupos de la legalidad cruel e inapelable del mundo. Traigo a colación este caso porque permite ver que esta ideología de la desigualdad puede considerarse como un modo de comprensión ideológica que guarda directa relación con formas actuales de autoritarismo social. Se trataría así de un “sentido común” empleado como crítica a los principios normativos del Estado de Bienestar y a los ideales democráticos de la solidaridad social que, al mismo tiempo, es articulado como resentimiento contra grupos estigmatizados como amenazantes, aprovechadores o estafadores (Robles, 2020).

Esto sucede cuando los principios de equidad, secularismo, pluralismo o inclusión, que están en los ideales democráticos de la modernidad, se ven reemplazados por un énfasis en los valores de la esfera privada y en los méritos individuales. Wendy Brown se refiere a esto cuando dice que “lo público y lo social no son sólo economizados, sino también *familiarizados* por el neoliberalismo” (2018, p. 18, las cursivas son del original); idea que recuerda a aquella frase de Margaret Thatcher según la cual “la sociedad no existe, sólo existen los individuos... y sus familias”. En el neoliberalismo autoritario la esfera privada, que nunca va más allá de la propia familia, es afirmada como un nuevo *ethos* que reemplaza al imaginario democrático público, pluralista y secular por uno privado, homogéneo y familiar. La estigmatización de lo común y de lo colectivo como opresor y de la solidaridad social como injusta y autoritaria, se muestra, así como la consecuencia de una afirmación excluyente de la propia libertad y de una privatización de los logros y fracasos.

En resumen, la experiencia de “pérdida de control” sobre las propias condiciones de vida que atraviesa toda definición de subjetividad en la actualidad habilita una serie de estrategias y subterfugios que buscan poner orden, recuperar sentidos o sostener imágenes consoladoras de las propias posibilidades. Sobre esos anhelos -de identidad, de seguridad, de pertenencia, de estabilidad, aunque más no sea simbólica- operan las diferentes opciones autoritarias que hoy se expanden en el centro de la opinión pública y que ponen en peligro la democracia desde su interior. Esta experiencia conduce entonces a una doble estrategia: una estrategia defensiva que busca en el pasado, en lo local, en lo propio y en lo privado las seguridades necesarias, y una estrategia agresiva que se expresa como segregación de aquello que se percibe como amenaza a dicha seguridad. Anhelos de identidad y énfasis en las desigualdades, retorno a lo estable del pasado y agresión a lo que violenta la ley del mundo, estas parecen ser las estrategias con las que las subjetividades autoritarias logran compatibilizar los imperativos de la flexibilidad neoliberal y sostener cierta gratificación narcisista. Una mínima cuota de estima y reconocimiento en un mundo que constantemente lo niega.

5. Conclusiones

Como afirmé al comienzo de este texto, la regresión autoritaria está haciendo estallar la ilusión de un capitalismo libre de fricciones y la ilusión liberal de transparencia democrática, así como está socavando ese consenso entre pluralismo y capitalismo que funcionó como autocomprensión del “neoliberalismo progresista” durante varias décadas. Pero el fin de estas ilusiones parece provenir desde el mismo interior de esas democracias acosadas y no desde una amenaza externa. Estos autoritarismos no niegan las reglas institucionales ni las condiciones de vida actuales, sino que se valen de ellas para expresar demandas xenófobas, misóginas, racistas y anti-igualitarias con el fin de adaptarse a esas condiciones de vida. En este breve escrito intenté abordar este problema desde lo que se podría considerar las dimensiones subjetivas de la democracia, desde los procesos de subjetivación mediante los cuales se produce la aceptación y la justificación del estado presente del mundo. Esta dimensión subjetiva de la vida democrática se presentó como un punto de vista estratégico para entender este proceso, ya que desde allí se hacía visible la dimensión “racional” de estos nuevos autoritarismos. Fue para esto que acudí a las reflexiones desarrolladas por la Teoría Crítica sobre la personalidad autoritaria, puesto que estas pensaban a las subjetivaciones autoritarias en el marco de su socialización como estrategias de satisfacción de un narcisismo herido por las condiciones de existencia y como aseguramiento violento de una identidad amenazada.

Estos estudios permitían también poner en discusión otra ilusión contenida en las perspectivas liberales del “pacto democrático” y del “patriotismo constitucional”: la ilusión de discontinuidad entre democracia y autoritarismo. No estoy afirmando que toda democracia liberal sea autoritaria, sino que el autoritarismo es mejor comprendido si lo vemos como un producto patológico de los procesos de socialización y de las formas de vida imperantes en nuestras democracias. En este sentido, no parece la mejor postura considerar a estas subjetividades autoritarias (podemos personificarlas incómodamente en el votante de derecha o en nuestro vecino preocupado por la inmigración) como un “Otro radical” o como pura expresión de barbarie. En esencia, esto no sería más que otro modo de quedar atrapados en la ilusión de pureza democrática y de profundizar la tribalización de lo social que se desea combatir, con el único resultado de una complacencia efímera en nuestra propia imagen social.

Tal vez parte del problema radique en esa forma excluyente de pensar y pensarnos en blanco/negro mediante la cual nos atribuimos las virtudes y rechazamos los defectos en el otro: nosotros los progresistas o liberales versus ellos los autoritarios, nosotros los modernos versus ellos los tradicionalistas, nosotros los cosmopolitas versus ellos los resentidos, nosotros los democráticos versus ellos los fascistas. El problema de esto no es sólo que puede resultar una mala estrategia política, sino que pierde de vista que este nuevo autoritarismo expresa un malestar que atraviesa de punta a punta nuestras formas de vida, que lo monstruoso es también el resultado de determinadas faltas en tiempos neoliberales. Con esto no pretendo decir que debemos suspender el juicio moral o la disputa política, sino todo lo contrario, que comprender las subjetividades autoritarias actuales como estrategias de adaptación a las condiciones de existencia neoliberales nos permitiría ampliar nuestro juicio moral y enriquecer la disputa política.

Esto supondría también reconsiderar aquel desdén hacia cualquier imagen de lo colectivo que se podía percibir en los análisis de Adorno, algo que ciertamente tenía que ver con la experiencia reciente del

pasado nacionalsocialista y su cosmovisión *völkisch*. Debido a esto toda instancia colectiva era vista por él como potencialmente opresora de la individualidad o bien como un obstáculo antes que un medio para consumir una autonomía crítica. Esta desconfianza ante lo colectivo iba acompañada del carácter casi normativo que poseía la figura del individuo burgués del siglo XIX. Pero tanto la centralidad de esta figura del individuo liberal, así como el recelo ante lo colectivo, son dos premisas que habría que revisar actualmente si se desea rescatar la actualidad de aquellos escritos, especialmente cuando una de las características centrales del neoliberalismo consiste en la afirmación egoísta de la esfera privada y en la privatización de las responsabilidades en desmedro de lo común y de lo público. No se trataría hoy de asumir aquello colectivo que resuena en la apelación identitaria y excluyente, sino de pensar lo común sobre lazos de solidaridad, esto es, según la idea de que toda definición de libertad subjetiva debe ser también una definición social y mutua de libertad.

REFERENCIAS

- Adorno, T. W., Frenkel-Brunswik, E., Levinson, D. & Nevitt Sanford, R. (1965). *La personalidad autoritaria*. Proyección.
- Adorno, T. W. (1998). ¿Qué significa superar el pasado reciente? En T. W. Adorno. *Educación para la emancipación. Conferencias y conversaciones con Helmut Becker (1959-1969)*, (pp. 15-30). Ediciones Morata.
- Adorno, T. W. (2004). La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista. En T. W. Adorno. *Escritos Sociológicos I*, (pp. 380-405). Akal.
- Adorno, T. W. & Horkheimer, M. (2006). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos Filosóficos*. Trotta.
- Adorno, T. W. (2009). Estudios sobre la personalidad autoritaria. En T. W. Adorno. *Escritos Sociológicos II. Vol. 1*, (pp. 153-529). Akal.
- Altemeyer, B. (2006). *The Authoritarians*. University of Manitoba
- Baumann, Z. (2017). *Retropía*. Paidós.
- Bröckling, U. (2015). *El Self emprendedor. Sociología de una forma de subjetivación*. Editorial Universidad Alberto Hurtado.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso.
- Brown, W. (2018). Neoliberalism's Frankenstein. Authoritarian Freedom in Twenty-First Century "Democracies." In, W. Brown, P. Gordon, & M. Pensky (Eds.), *Authoritarianism. Three inquiries in Critical Theory* (pp. 7-44). Brown.
- Chul-Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Catanzaro, G. & Ipar, E. (Comp.) (2016). *La subjetividad anti-democrática. Elementos para la crítica de las ideologías contemporáneas*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires
- Crouch, C. (2004). *Post-Democracy*. Polity.
- Cuesta, M. & Wegelin, L. (2017). Imaginarios de justicia social en las subjetividades argentinas contemporáneas. *Methados. Revista de Ciencias Sociales*, 5(2), 243-259. <https://doi.org/10.17502/m.rcs.v5i2.150>
- Decker, O. (2018). La obsolescencia del carácter autoritario y el autoritarismo secundario. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 10, 57-73. <http://constelaciones-rtc.net/article/view/3128>
- Oliver Decker, O., Brähler, E., Kiess, J., Schuler, J., & Handke, B. (2018). Die Leipziger Autoritarismus-Studie 2018: Methode, Ergebnisse und Langzeitverlauf. En O. Decker & E. Brähler. *Flucht ins Autoritäre. Rechtsextreme Dynamiken in der Mitte der Gesellschaft* (pp. 65-116). Psychosozial Verlag
- Demirovic, A. (2018). Autoritärer Populismus als neoliberale Krisenbewältigungsstrategie. *Prokla. Zeitschrift für kritische Theorie*, 48(190), 27-42. <https://doi.org/10.32387/prokla.v48i190.30>
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (2012). *Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich*. Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, N. (2017). Progressive neoliberalism versus reactionary populism: A Hobson's choice. En H. Geisenberger (Ed.), *The Great Regression* (pp. 40-48). Polity.
- Gates, B. (1995). *The road ahead*. Virking Books.
- Geiselberger, H. (Ed.) (2017). *The great regression*. Polity.
- Habermas, J. & Leaman, J. (1988). A Kind of Settlement of Damages (Apologetic Tendencies). *New German Critique*, 44, 25-39. <https://doi.org/10.2307/488144>
- Habermas, J. (2007). Conciencia histórica e identidad postradicional. En, J. Habermas. *Identidades Nacionales y Posnacionales* (pp. 83-110). Tecnos.
- Hall, S. (1979). The great moving right show. *Marxism Today*, 14-20.

- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal.
- Haubl, R. (2007). Be cool! Über die postmoderne Angst, persönlich zu versagen. En J. H. Busch (Ed.), *Spuren des Subjekts. Positionen psychoanalytischer Sozialpsychologie* (pp. 111-133). Vandenhoeck & Ruprecht. <https://doi.org/10.13109/9783666454042.111>
- Heitmeyer, W. (2018). *Autoritäre Versuchungen*. Suhrkamp.
- Ipar, E. (2014). De Habermas a Adorno: reflexiones sobre la esfera pública. *Leviathan*, 9, 59-78. <https://doi.org/10.11606/issn.2237-4485.lev.2014.132358>
- Ipar, E. (2017). El malestar en la globalización. Nuevas formas de autoritarismo social. *Comunicações*. 24(2), 15-32. <https://doi.org/10.15600/2238-121X/comunicacoes.v24n2p15-32>
- Ipar, E. (2018). Neoliberalismo y Neoautoritarismo. *Revista Política y Sociedad*, 55(3), 825-849. <https://doi.org/10.5209/POSO.57514>
- Karczmarczyk, P. (2017) Ideología, ciencia y sujeto en Althusser y Lacan. En A. Ma. Fernández Caraballo (Ed.). *La identificación en Psicoanálisis. Claves para el estudio de la enseñanza y el aprendizaje* (pp. 55-80). Biblioteca Plural.
- Koppetsch, C. (2018). Eine Welle der Nostalgie. Die akademische Mittelschicht und die illiberale Gesellschaft. *Merkur*, 72 (832), 43-50. <https://cutt.ly/jh2hVLV>
- Lesgart, C. (2002). Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del Ochenta. *Estudios sociales*, 2(1), 163-185. <https://doi.org/10.14409/es.v2i1.2489>
- Morelock, J. (2018). The Frankfurt School and Authoritarian Populism. A Historical Outline. En J. Morelock (Ed.), *Critical Theory and Authoritarian Populism*. University of Westminster Press. <https://doi.org/10.16997/book30.a>
- Nolte, E. (1995). *Después del comunismo: aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*. Ariel.
- Portantiero, J. C. & de Ipola, E. (1984). Crisis social y pacto democrático. *Punto de Vista*, 24, 13-20. <https://ahira.com.ar/ejemplares/21-4/>
- Ripp, S., Kindervater, A. & Seipel, Ch. (2000). Die autoritäre Persönlichkeit: Konzept, Kritik und neuere Forschungsansätze. En S. Rippl (Ed.), *Autoritarismus: Kontroversen und Ansätze der aktuellen Autoritarismusforschung* (pp. 13-32). Leske + Budrich. https://doi.org/10.1007/978-3-322-91369-2_1
- Robles, G. (2018). Sobre la constitución ideológica del sujeto. Theodor Adorno y Louis Althusser. *Revista de Filosofía (Madrid)*, 43 (1), 85-102. <https://doi.org/10.5209/RESF.60201>
- Robles, G. (2018b). Subjetividad y autoritarismo en la filosofía de la educación de Theodor W. Adorno. *Sophia. Colección de filosofía de la educación*, 25, 209-231. <https://doi.org/10.17163/soph.n25.2018.07>
- Robles, G. (2020). Sobre la dimensión política del resentimiento. *Castalia. Revista de Psicología de La Academia*, (34), 5-23. <https://doi.org/10.25074/07198051.34.1756>
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Anagrama.
- Sotelo, L. (2012). La Escuela de Frankfurt en vísperas del Tercer Reich. En E. Fromm, *Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich* (pp. 13-48). Fondo de Cultura Económica.
- Streeck, W. (2016). *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Katz.
- Weyand, J. (2001). *Adornos Kritische Theorie des Subjektes*. Zu Klampen.

AUTOR

Gustavo Robles. Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente se desempeña como Posdoc Research Fellow de la Fundación Rosa Luxemburg (Alemania).

Conflicto de intereses

El autor informa que no existe conflicto de interés posible.

Financiamiento

No existió asistencia financiera de partes externas al presente artículo.

Agradecimientos

N/A